

www.elboomeran.com

EDNA O'BRIEN

JAMES JOYCE

TRADUCCIÓN
CRUZ RODRÍGUEZ

CABARET VOLTAIRE

2025

www.elboomeran.com

PRIMERA EDICIÓN *febrero 2025*
TÍTULO ORIGINAL *James Joyce*

Publicado por
EDITORIAL CABARET VOLTAIRE S.L.
info@cabaretvoltaire.es
www.cabaretvoltaire.es

©1999 Edna O'Brien
©de la traducción, 2025 Cruz Rodríguez
©de esta edición, 2025 Editorial Cabaret Voltaire SL

IBIC: BGL
ISBN-13: 978-84-19047-52-6
DEPÓSITO LEGAL: M-1875-2025
Printed in Spain

Dirección y Diseño de la Colección
MIGUEL LÁZARO GARCÍA
JOSÉ MIGUEL POMARES VALDIVIA

Cubierta: James Joyce ©2025 Sara Morante
Guarda: Edna O'Brien
©2006 Nigel Case/cortesía de Houghton Mifflin

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro -incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Whack fol the dab, ahora baila con tu pareja,
baila por la sala y menea las piernas.
Ya dirás si te he mentido,
¿no es la monda el velorio de Finnegan?

CANCIÓN IRLANDESA

HABÍA UNA VEZ

Había una vez un hombre que iba caminando por Dublín y se dio a sí mismo el nombre de Dedalus en honor a Dédalo, el hechicero, constructor de laberintos y artífice de alas para Ícaro, que voló tan cerca del sol que se cayó, del mismo modo que el dublinés y apostólico James Joyce cayó en las profundidades de un mundo de palabras, desde las «epifanías» de su juventud hasta el «caosmos» verbal de sus últimos años.

James Joyce, pobre «viga» [*joist*], «hombre fiestnominal, sustento de una casa alegre en un suburbio de abatimiento». Su apellido, derivado del latín, significa «diversión», pero a menudo él se veía de otro modo: como un jesuita farisaico que rechazaba el cuerpo terrenal de Cristo, un libidinoso, un cristiano lujurioso, un todólogo, un bardo amigo de estibadores, un farsante sin igual, un fraile con hábito de plumas, un timonel, un exhibicionista de sala de juegos y un hombre con el don de los irlandeses para las letras.

Amigo del despilfarro y de las contradicciones flagrantes, temeroso de perros y truenos, era en cambio

capaz de infundir miedo y obediencia entre quienes lo rodeaban. Un hombre que a los treinta y nueve años lloró porque no tenía una familia numerosa y, sin embargo, abominaba de la sociedad y de la Iglesia, para quienes su madre, como tantas otras madres irlandesas, no era más que una «vasija rota de parir niños». Su madre tuvo un total de diecisiete hijos. Algunos murieron siendo bebés, otros en la niñez, dejándolos a ella y a su marido a cargo de una familia de diez criaturas.

«Aquellos tinteros encantados», como llamó Joyce a los hogares de su infancia, fueron las doce o trece direcciones que sus desventuras financieras los obligaron a ir ocupando. Al principio, vivieron en una comodidad relativa en la que llegó a haber, incluso, trazas de cierto esplendor. Su madre, la señorita May Murray, hija de un comerciante de vinos dublinés, versada en canto, baile, etiqueta y buenas maneras, fue una muchacha religiosa y, toda su vida, parte de la Cofradía de Nuestra Señora. Cantaba en el coro de la iglesia y fue allí donde su futuro y rabelesiano marido John, catorce años mayor que ella, quedó prendado de May y empezó a cortejarla. La madre de John se opuso a la pareja, puesto que consideraba a los Murray gente de categoría inferior, pero él se mantuvo firme en su petición de mano e incluso se mudó a la misma calle donde vivían los Murray para poder llevar a May de paseo. Los noviazgos en Dublín no eran otra cosa, pasear por las calles neblinosas bajo la luz amarilla de las farolas a lo largo del canal o por la playa que James Joyce inmortalizaría en su prosa: «El

verde intenso de la bahía disolviéndose en el seno blanco del mar borroso». Su padre y su madre habían paseado por los mismos lugares por donde él pasearía en su juventud, sin rumbo y perdido en ensoñaciones, y en sus narraciones describiría cada paso, cada óvalo de arena mojada o seca, el canto de los pájaros, las algas de color esmeralda y oliva, plasmándolo todo en un espejismo de palabras al mismo tiempo real y transubstanciado que, en adelante y para siempre, sería conocido como el Dublín de Joyce. Se sentía tan orgulloso del resultado que llegó a afirmar que si el Dublín de su época fuera destruido, podría reconstruirse a partir de sus obras.

James Augustine Joyce, segundo hijo del matrimonio, nació el 22 de febrero de 1882. Otro niño, John, había muerto al nacer y el padre se permitió entonces el prosaico comentario de «con él enterré mi vida», a lo que May Joyce no dijo nada: sentía una deferencia innata hacia su marido, unida a cierto fatalismo ante las vicisitudes de la vida. Pero John Joyce no enterró su vida con su primogénito: era un hombre alegre y sano que conservó el humor y el buen ánimo muchos años más. Sin embargo, tras diecisiete embarazos y casi otras tantas mudanzas, la pobreza, las decepciones y la muerte de varios niños acabarían destrozando a la familia. John Joyce daba constante rienda suelta a su animadversión por la familia de su mujer y, en ocasiones, por su misma esposa: el apellido Murray apestaba, mientras que el de Joyce transmitía «un perfume achispado». En las fotografías solo aparecían antepasados de los Joyce, y el escudo de armas de la familia

se exhibía con orgullo. John Joyce era un hombre de talento, gran tenor, estupendo anecdotista y alguien cuyo ingenio escondía una ferocidad desesperada.

A James de joven se le conocía como «Sunny Jim» y, al ser el favorito, podía escapar de su cuarto y bajar las escaleras anunciando alegremente su presencia. A los cinco años cantaba en las celebraciones musicales de los domingos y acompañaba a sus padres a los recitales que ofrecía el club Bray Regatta. Para entonces ya era corto de vista y llevaba gafas. Resulta harto evidente que adoraba a su madre, a quien, empapado como estaba del ritual y los preceptos de la Iglesia católica, identificaba con la Virgen María. May Murray era una mujer tan piadosa que confiaba más en su confesor que en cualquier miembro de su propia familia. Se mostraba posesiva con Sunny Jim, a quien aconsejaba no mezclarse con chicos rudos, e incluso condenó la felicitación de San Valentín que una niña llamada Eileen Vance le envió a su hijo cuando este tenía seis años:

Oh, Jimmie Joyce, eres mi amor,
eres mi espejo de la noche al alba.
Te preferiría a ti sin un penique
antes que a Harry Newell con su burro y su jardín.

Su «agradable madre», con su «aroma más agradable que el de su padre», era el objeto de toda su ternura, y cuando la dejó, fingió no ver las lágrimas que escondía tras el velo.

JESUITAS

A los seis años y medio lo matricularon en el tético y gris castillo del Clongowes Wood College. Su padre deseaba la mejor educación para su pequeño prodigio y lo envió con los jesuitas, donde otros niños mayores que él lo acosaban preguntándole si le daba el beso de buenas noches a su madre. Nada más admitirlo, descubrió su error y se desdijo. Ya adulto, se referiría a los jesuitas como una «orden despiadada que luce el nombre de Jesús a modo de antífrasis». No obstante, consideraba inestimable la formación que allí recibió. Una fotografía del día de su partida hacia el colegio lo muestra vestido como un niño malcriado, de rodillas junto a su madre, que aparece flanqueada por su marido y su padre, dos hombres que no se soportaban: John Joyce llamaba a su suegro «viejo fornicador» porque se había casado en segundas nupcias y, por su parte, John Murray era testigo del declive de su sumisa hija, causado por un embarazo al año, varios bebés a los que amamantar y niños a los que atender.

Pronto llegaron noticias de que James pasaba más tiempo en la enfermería que en clase y, para acabar de empeorar las cosas, fue víctima de una injusticia que